

HORA CLAVE (el tiempo y el espacio de la política contemporánea)

por César A. Seveso*

El tiempo de los grandes oradores, de los retóricos capaces de movilizar las pasiones populares, ha pasado. Las palabras no bastan, necesitan el soporte de las imágenes y de la carga de dinamismo que aporta el acontecimiento.

**El poder en escenas
Georges Balandier**

- ¿Qué es ser una máquina? - preguntó el doctor Arana.
- Nada -dijo ella-. Una máquina no es; una máquina funciona.
- Muy ingenioso -contestó Arana.

**La ciudad ausente
Ricardo Piglia**

Quisiera pensar la constitución de un nuevo espacio público (que viene operando a partir de 1960; pero que según creo, toma desde principios de los '80 una relevancia -constantemente proporcional a sus efectos- inimaginada como ámbito y elemento fundamental de la política).

La hipótesis de mi trabajo será que este nuevo espacio público (que es el de los *mass media*) aparece, entre otras cosas, como inacabable reemplazo de esas eufóricas Plazas de Mayo que cada vez cuestan más esfuerzo convocar, ya sea por una creciente fragmentación social, por una crisis de representatividad o por una abundante represión policial.

Me animaría a decir que en la mayoría de nuestros imaginarios sobre la Revolución de Mayo quedó grabado una especie de "versión Billiken" en

* Alumno del ciclo superior, orientación Análisis Político, de la Facultad de Ciencia Política y RR.II. de la Universidad Nacional de Rosario. Ayudante alumno de la asignatura Espacio y Sociedad correspondiente al tercer año de la carrera de Ciencia Política y RR.II.

la que no pueden faltar ni la llovizna gris, ni la plaza repleta, ni los balcones del Cabildo atestados por nuestros "prohombres" de la política; pero vamos, esto tal vez pueda servir como función de *matinee*, pero no creamos a esta altura que todo fue tal cual, sino que creería mucho más pertinente, al momento de hablar de una efectiva (pero restringida) participación política recién a partir de fines del siglo XIX en las esferas urbanas y gracias al accionar de la U.C.R., el Partido Socialista, el anarquismo, la prensa escrita, la actividad asociativa; y más aún a partir de 1912 con la sanción de la Ley Saenz Peña. Es recién a partir de estos años en donde se comienza a experimentar lo que se suele denominar *la política en tanto ritual*, esto es, "poner el discurso en un balcón" construyendo un imaginario puente común o compartido con un pueblo que, según dicen, quiere saber de qué se trata. A partir de aquí, toda nuestra historia política estará jalonada por estos actos de comunicación masiva, momentos en los cuales la participación popular llega a uno de sus estadios de gloria: es el momento en el cual cada uno de nosotros se siente interpelado directamente por la oratoria política.

Así tendremos, como puntos álgidos, calientes, los mitines radicales y las marchas de protesta de las décadas del '20 y del '30 hasta llegar a las famosas plazas peronistas y los actos sindicales que marcaron gran parte de los años que van desde 1940 hasta casi la actualidad, pasando por "esas cuerdas de gente" de los '60 y los '70 de las que gusta hablar Nicolás Casullo y culminando con la dolorosa plaza bélica del '82 o con una no tan feliz Pascua del gobierno radical.

No quisiera desperdiciar la ocasión para plantear el siguiente interrogante: ¿ser receptor del discurso es directamente equivalente a "participación política"? Tal vez sí, pero en todo caso tendremos que hablar de grados de participación, y en esta suerte de jerarquización, conceptos tales como el de ciudadanía y educación no podrán dejar de estar presentes.

Paulatinamente, y tratando de hacer menos dolorosa la defunción de estas plazas, fue ganándose un lugar dentro de la estrategia política la utilización de la televisión como medio para tratar de subsanar estas ausencias. Quisiera abrir un paréntesis para resaltar dos cosas: la primera es que, tal vez, en una fase inicial dicha estrategia política podía pensarse como autonomizada del imperio de la pantalla, algo que en la actualidad es bastante dudoso; o que mejor dicho, se da un doble tránsito de los medios en busca de los políticos y de éstos para con aquéllos; lo cual nos introduce en nuestra segunda cuestión, que es la de la transformación de ese medio que era la televisión en

un fin en sí mismo: **lo importante es estar, es ser visto, es acariciar el rating**. Así podemos encontrar desde intendentes con aptitudes actorales o gastronómicas hasta un presidente cantor de tangos. Cierro el paréntesis.

Un ejemplo que podríamos tomar de la historia reciente para abordar el rápido crecimiento de la imagen mediatizada es el "caso Perón", el del exilio, que desde España no cesaba de grabar entrevistas y filmar cortometrajes en blanco y negro, como forma de mantener el contacto con una parte de la Argentina que lo esperaba ver bajar del mítico avión, que imaginaria y massmediáticamente sobrevoló el país por más de quince años, desde la Libertadora hasta Ezeiza. Diría entonces que, tal vez, el Perón de los '70 haya sido uno de los primeros políticos en saber explotar la imagen como sustituto de la presencia, la apariencia en reemplazo del contacto directo.

A partir del inicio de la democracia (no sólo política, sino también de imágenes), en 1983 y hasta la actualidad, la televisión ha ido ganando un lugar, cada vez más confortable, en el que ningún político quiere (o puede) dejar de estar. Desentrañar las causas por las cuales los políticos descubren este nuevo espacio público es algo que no me he propuesto para el presente trabajo, ya que he optado por el abordaje de algunas de sus consecuencias; no obstante podríamos mencionar (un tanto irresponsablemente) dos o tres: una podría ser el retraimiento del hombre común hacia la esfera de la vida privada, otra es la pérdida de credibilidad y convocatoria de gran parte de la clase política argentina y, por último, no debe olvidarse la posibilidad que la televisión brinda al poner en contacto casi directo (digo casi en el sentido de que está mediatizado) al político con una basta teleaudiencia que suele superar el millón de personas, así "el foso que separaba tradicionalmente a dos mundos, los dominantes y los dominados de la información, dos culturas, erudita y popular, tiende a desaparecer o, mejor dicho, una jerarquía más estable se impone en el interior del mundo de la información, en el universo de los *media*"¹. Democratización del acontecimiento, este se torna accesible a todos, basta con estar "conectado" para ser testigo. Pero de esta democracia ¿participan todos de la misma manera? Creo que no, afirmaré que hay ciertos obstáculos por pensar: entre ellos valga la pena destacar la desigualdad del acceso (llamésmole la posibilidad de lectura del acontecimiento: no están en un mismo plano el desempleado con instrucción primaria y el egresado de postgrado universitario,

¹ PIERRE, NORA, "La vuelta del acontecimiento", en *Hacer la historia*, Barcelona, Editorial Laia, 1978, pág. 230.

aunque muchas veces esto último no sea ninguna garantía); por otra parte también se podría señalar el abismo entre aquel que sólo ve los canales abiertos con el que diariamente transita por el ciberespacio; no obstante esto tampoco suele constituirse en algún aval, y no podemos dejar de resaltar la propia “digitación” que los medios realizan de los acontecimientos e imágenes a emitir. En definitiva, creo que sin lugar a dudas se puede reconocer un proceso que podría ser denominado como la “democratización y universalización de los acontecimientos”, pero sin olvidar que las formas de participar de este proceso reconocen grados, escalas y jerarquías tanto de calidad como de cantidad.

Como anteriormente señalaba, desde 1983 hasta la actualidad, la posibilidad de pasar por algún programa político se ha ido convirtiendo cada vez más en una necesidad, “lo que está en cuestión es cómo lo mediático ha acabado por suplantar lo político: hasta no hace mucho, el poder ocupaba sin discreción el espacio televisivo; en la actualidad es éste el que invade los dominios del poder. El abuso ha cambiado de bando; son los políticos quienes se pliegan a las exigencias de la comunidad audiovisual, quienes dependen de los nuevos poderosos -periodistas, estrellas y comunicadores- que han nacido de ella; la relación entre el representante y sus electores se produce así de manera indirecta o desviada, lo que le lleva a proclamar periódicamente su voluntad de mostrarse ‘en carne y hueso’ y conocer de manera directa los ‘verdaderos problemas’ de la gente. Pero la necesidad de aparentar, de existir ante todo por la imagen, acaba imponiéndose. Se hace preciso someterse a las condiciones que la satisfagan, consentir ante una lógica de la oferta que depende de los estudios de mercado electoral y cuyas cuotas vienen determinadas por los sondeos y los índices de audiencia. Hay que acomodarse a los imperativos que imponen los profesionales de la comunicación: dar con el lenguaje eficaz, a costa del sacrificio de las ideas; decir seduciendo, más que asumir el riesgo que implican las verdades impopulares; poner en juego las pasiones y las dinámicas de las emociones, dirigiéndolas provechosamente; y, sobre todo, hacer pasar la puesta en perspectiva de las condiciones y de las propuestas a un segundo término, ante una puesta en escena que convierte toda intervención en un miniespectáculo”². Me he permitido esta larga cita porque creo que dentro de ella se engloban la casi totalidad de los problemas que actualmente estamos analizando, y porque además intentaré tomar algunos de nuestros personajes telúricos para ejemplificar lo que se ha venido señalando.

² BALANDIER, GEORGES, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Editorial Paidós, 1993, pág. 172.

Vamos a hablar sobre las seguridades, sobre esas escasas horas de certeza en las que el televidente se puede encontrar con la política. Preferentemente, todo se tiene que desarrollar de acuerdo a un plan determinado: todo se calcula, nada debe de escapar a este *big brother* de la academia más formal. Primero, por supuesto, vienen los comerciales dentro del programa (ventas interminables de productos a escala empresa transnacional, que convierten a Sofovich en un bebé de pecho). Luego, el buen doctor (Jekyll o Mr. Hide?) a la manera de un prolijo presentador nos va introduciendo en "el show".

La "hora clave" en realidad son dos (y a veces hasta dos y media, por más que le pesare al "clon menemista" de Portal), alrededor de 120 minutos en los cuales deben desplegarse los más variados temas del *variete* nacional, aunque claro, preferentemente el papel principal tiene que ser llevado a cabo por una *troupe* del colectivo político nacional que, jueves tras jueves, infatigablemente procesiona hasta "el ágora de Don Mariano".

"Los temas son muchos", a veces nos confiesa el conductor dejando escapar su mirada de hipnotizador (que primordialmente emplea al final de cada bloque y, sobre todo cuando lo dejan pagando "los muchachos del control"). Pero no os asustéis, que aquí todo tiene su espacio, todo está cronometrado, la mayoría de los temas se nos presentan como si anteriormente hubieran sido pasados por el estrecho agujero de un reloj de arena, por ejemplo: "...fulano de tal nos cuenta sobre la historia de la civilización occidental en 2' y 39", mengano nos tratará de explicar sus reformas económicas en 3' y 10", o zutano analizará los errores de la política educativa del actual gobierno en 4' y 13". Pero como nunca hay que descartar la existencia de "algún televidente lerdo e incapaz" de asociar tal poder de reducción, jamás faltará un colega del doctor que esclarecedoramente nos resumirá el resumen anterior, tratando siempre de ser claro, no reiterativo y (si puede) brillante. Este es el espacio que generalmente tienen reservados los profesionales de las ciencias sociales que, desde la izquierda, la derecha o el centro, se empecinan en transcribir lo indescifrable en acotados minutos (como no podría ser de otra manera).

Y así pasan los minutos, tan indefectiblemente como indefectiblemente los últimos invitados tratan de aparecer en la pantalla (hasta sería posible pensar que aquellos "convidados" que ya tuvieron sus minutos de gloria y que luego aparecen reclinados en un sillón detrás del que está hablando en ese momento, son unos escasos favorecidos por un plust tiempo dadivosamente otorgado por Don Mariano).

Por último, llega el final del programa, ese espacio de “reflexión” que el mismo conductor -neurosis aparte, como diría Ramos Mejía- se reserva para sí mismo (“...*acá el conductor soy yo*”, llegó a exclamar una vez de manera cortante, pendulando entre un oscuro rey de Francia y su pasado golpista); decía entonces que, el conductor-profesor imperiosamente necesita de unos segundos (“...*¿qué son para mí*”, suele recordarle a algún parlanchín -generalmente suele ser algún político que en época de elecciones trata de reflotar una desfavorable imagen o una mala encuesta- que osa invadir el “Tiempo clave”), esos segundos tan característicos, que no por ser tan escasos devienen vacíos, sino que generalmente resultan estar cargados de una empalagosa demagogia amasada con la sabiduría de monje tibetano, un innegable espíritu sarmientino y apenas condimentados con fugaces llamados a la reflexión destinados a la clase gobernante, o por qué no a toda la teleaudiencia.

Ahora bien, para ir “dando las últimas pitadas”, quisiera decir que mi problema no es Mariano, porque se sobreentiende que aquí no es una cuestión de nombres y así como casi intuitivamente dije Mariano podría haber dicho Bernardo o Daniel o Mauricio o Jorge; y aún más, si nos vamos hasta *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord nos daremos cuenta que la problemática gira mucho más allá que un mero cambio de conductores y anunciantes, salvo que creamos (espero que no sea así) que está definitivamente suturado el trasplante en el que *lo mediático ha acabado por suplantarse a lo político* para decirlo con las palabras de Balandier, o hasta podríamos aventurarnos y afirmar que ésta es la nueva y futura forma de hacer política.

¿Y por qué no plantear una retirada masiva de los medios de comunicación? Una retirada no sólo de la clase política sino de todo un conjunto de académicos que aparentemente intentando escapar a los erosionados pisos de nuestras Casas de Altos Estudios tratan de hacerse “un ranchito aparte” en un canal de televisión; pero tengamos cuidado que el terrenito no siempre está a bajo precio sino que previamente se tiene que pagar un derecho de piso en módicas cuotas de opinión: opinar sobre Maradona o sobre Madonna o sobre tantos otros temas que no hacen más que coronar la vulgaridad/banalidad reinante en cada pantalla de televisión.

Pero, este éxodo voluntario, ostracismo por elección: ¿es posible, alguien lo desea?